

# Poética 1990 / Seis poemas

Eduardo Milán

El poema es el territorio de mi libertad. Lo que persigo es el límite de esa libertad, sigo al sonido para ver donde me lleva. Aunque la escritura sucede en el desierto, el sonido me recuerda las luces de la ciudad, el rumor del mar, el rumor de la máquina de tejer. El poema es el lugar del nómada, del que no da más de neón, del que lleva consigo el eco de un sonido ido. El poema es un flujo y hay que ser ese flujo sin más punto de apoyo que la intersección de la poesía, luciérnaga y punto luminoso, reflejo de lo que fue y de lo que será. Es la disponibilidad para ser hablado: por aquí pasa la voz que quiere hablar por mí. El sonido conduce, dice algo que en general no se le parece o se atrae a sí mismo en el espejismo del otro: es una palabra difícil, *paronomasia*, que puede resultar un parecido en demasía, una identidad. Pero Dante no tenía identidad: tenía lenguaje, tenía mujer e hijos y un oído muy fino, florentino. Parecería que está muerto. Pero no lo está: vive porque el sonido lo levanta leve por encima de Florencia a respirar el perfume de sus lilas. Por el sonido hoy nadie se atreve a decir "Dante está muerto". Y por su falta de identidad. Ser luz-Beatriz, ser gobelino-gibelino, lino azul bajo la luna o piel de pantera en su temperatura pintada es no morir pero mirar.

El poeta es el que hace lujos. Y el lujo del poema es su posibilidad de imantarse, *man to woman*, de presente, no para iluminar su contorno sombreado sino para atraer esas voces que hablan de otro lugar. Son voces transitorias que habitan las formas de su tiempo, son formas transitorias: a fines del siglo XVI un tal Milán murió quemado por decir estas palabras. La poesía no se fija y, en caso de fijarse, se fija en la poesía. La poesía tiene la tentación del par. Y toda tentación se da entre pares, entre tú y yo, entre claros iguales en el desierto del sonido. El parecido entre palabras que el sonido acerca es sólo

una metáfora mínima de una cercanía mayor: el tiempo con el tiempo, el lugar con el lugar, la luna sobre Florencia y la fosforescencia en el mirar del florentino. Y cuando copio conceptos, cuando copio imágenes, cuando no veo el sonido hay una voz en sueños que me dice: "San Juan de la Cruz quiere hablar contigo".

La aridez de esos páramos, este  
pedro come piedra que no acaba de roer, el  
sol. Todo es siesta en el desierto, el cuervo  
es fiesta, el cristo de la procesión. El sol  
abrió la herida, abrió la ausencia de palabras,  
el verano total. Página de los desesperados,  
Espera Muda, pasión bajo la lámpara, Mallarmé:  
dónde esta tu victoria. El viento choca con la pared  
del silencio y volverás a ver lo que veías: sol, el sol  
sobre el silencio de riel. Real, la herida.

Ahí va por el camino como un ciego  
caracol sin cara la escritura, otrora una  
diáfana mirada al día, otrora un aura que  
el caminante amara. Amara, ¿qué es amara? La  
sostenida en la sutil brisa marina, la colgada  
por los cabellos a la realidad, reata, rea  
más buscada. Y la más mirada: en 1750  
la miraron a los ojos, una claridad felina  
la sostuvo en pie sobre la piedra lisa: estaba  
feliz. La levedad en los ojos del levante y la  
caída en los ojos del poniente, luz que baja  
a hundirse, ¿a hundirse dónde? en la página. Rosa  
de todos los vientos, soplo arrogante que te empuja  
más allá y más allá, animal arrogante: después  
de la aurora no da un paso.

El lugar que querías está muerto para ti. No hay lugar. Extranjero como un jeroglífico en un muro de mil años, egipcio. La gesta está cerrada, Mio Cid salió de la ciudad. Por el tiempo el poema avanza como un pájaro: siglo XVI, San Juan. La frase aún fresca en el aire, el aire de la noche oscura en la cara, el escarabajo sobre la piedra pulida, tiempo atrás y en vaivén. Más despacio. Abril abrió con ventarrón, los tejados gotean, el pájaro solitario se queja. Dos de sus virtudes: *que pone el pico al aire;* que no tiene determinado color. La historia se reitera en cualquier lugar, como un brillo de luciérnagas en un campo nocturno. La historia ínfima, la de la fe. Y acecha y escucha y el búho dichoso dice "búho, búho". No hay tiempo: hay heridas, un tajo bajo el sol, al ritmo del trote del tejón.

Decir tú y yo es entrar en el circo,  
allí el león, aquí un círculo de monos,  
al costado la bailarina en compás. El aire  
traslada otoños de un lugar a otro, el año  
no tiene origen. La margarita amarilla  
brilla en dos ojos. La oreja de Van Gogh  
como el sol cae sobre el pavimento: un tajo  
inocente corta el gorjeo de un pájaro. Esto es cierto  
en el norte. Puede ser mentira en el sur. En efecto  
(o en el vuelo del cormorán) ¿de qué pájaro hablas?  
Del cormorán y su vuelo demorado sobre el cielo, que  
supone un tono púrpura, puro en la tarde y en la noche  
Dios dirá. Pero insistir en tú y yo a esta altura  
del río, en el Nilo donde teje la que teje, es desatar  
la madeja en las tijeras, dejar de oír el griterío del  
sonido, esa maleza.

¿De qué hablas? Títere, cátaró,  
tero que pone el huevo en un lugar  
hueco y grita en otro lugar. Economía  
de voces, reacio de veces, riquísimo  
en ausencia de palabras. Ahora quieres cantar.  
Sufres de un antojo melódico en la cresta, como  
un cristo, cantarín. Un colgado más, ya  
basta de colgados. Ahora dinos la verdad. ¿Esa?  
La verdad, la vera, la vereda tropical del verbo  
les diré: señores, lo que falta aquí es un filtro  
de la mala voluntad, una paciencia de mula, un  
nuevo vicio. La aurora rosada de ubres abiertas  
no es la solución. El verano en los ojos de la vaca. El  
cilisio en el pelo del padre, se pudre  
la tarde. El drama del sol entre morir y no  
morir a diario, morir a diario, el matiz  
de vivir, esa fosforescencia en la rama, el favor  
que hace el fuego. Pájaros para no pensar: ahí  
están. Lo que les queda de razón es una luz voraz,  
eso vibra, el vidrio detiene el plumaje del canto,  
un pájaro choca. Algo siempre, boquiabierto, resta.

Decir sol es decorar una ausencia  
de imágenes. Decir alto, sobre la ola,  
sobre el lomo de la bestia. Y el margen, piensa  
en el mar, marginal escandaloso. Tu fraseo, ojalá  
seas así, es la ola que devuelve el recorte  
entrecortado. Todo dicho entre puntos, la oración breve  
hacia una Meca macabra. El destino destilado por la  
estrella, palabra lujosa por lo lejos de la luz, tres  
veces brilla. Que se abra, que se abra, que la luz  
se abra de una vez. Luzferina, luz que es fiera y como  
fiera, herida. Volver al érase una vez, al estío  
por verano, palabras casi doncellas. Tirar el don  
cuesta abajo, Don Juan al precipicio, el pasado,  
al presente. Desparramar los dados en el mar  
y que la ola los devuelva dados vuelta. Y luego,  
o sea después de esta prosa encadenada, ruego,  
más allá del principio del placer, que el placer  
siga, desátame esta sogá al cuello que no soy  
vasallo. Vivir por lo bello no es vivir, que viva  
Valéry.